

“Del carácter y costumbres de los californios, y de su gobierno en paz y en guerra”  
p. 231-270

Miguel del Barco

*Historia natural y crónica de la Antigua California.  
Adiciones y correcciones a la Noticia de Miguel Venegas*

Miguel León-Portilla (edición, estudio preliminar, notas y apéndices)

Tercera edición corregida

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2019

CXVI + 584 p.

Figuras y mapa

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias / 3)

ISBN 978-607-30-1674-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 20 de mayo de 2020

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/141b/historianatural.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## DEL CARÁCTER Y COSTUMBRES DE LOS CALIFORNIOS, Y DE SU GOBIERNO EN PAZ Y EN GUERRA<sup>1</sup>

El vestido de los hombres en toda la península era uniforme, desde el Cabo de San Lucas hasta la última misión de Santa María y aún mucho más adelante, en todo lo reconocido por los jesuitas hasta los 33 grados de latitud. Todos los varones, niños y adultos, andaban siempre totalmente desnudos.<sup>2</sup> Mas, ya que no se diferenciaban las naciones en el traje y vestido, tenían alguna diversidad en el adorno, que cada nación usaba, no obstante la total desnudez. Los pericúes, hacia el Cabo de San Lucas, adornaban toda la cabeza de perlas, enredándolas y entreverándolas con los cabellos, que mantenían largos. Entretejían con ellas unas pequeñas plumas blancas resultando de

<sup>1</sup> A modo de explicación de lo que en este capítulo se incluye, señala Del Barco en una nota lo siguiente: “Las cuatro primeras hojas de este capítulo VI (según la citada primera impresión de Madrid, del año de 1757), pueden dejarse como están, hasta la página 81, y el capítulo VI [tomo I, página 76, en la edición citada de 1943], que en ella [*Noticia de la California*] acaba con estas palabras *cada uno era entero dueño de su libertad*. Desde el siguiente párrafo (que comienza en la misma página 31 con estas palabras: *el vestido en toda la península*), en adelante, aunque hay poco que necesite de corrección, no obstante se encuentran de trecho en trecho algunas palabras y aun cláusulas que se deben omitir o mudar y aun añadir otras. Y por evitar la confusión de tantas citas, trasladaré aquí lo que desde el citado párrafo trae el autor, corrigiendo, mudando y añadiendo lo que fuere necesario, y dejando todo esto como debe quedar, y es en la forma siguiente [...]” Véase Miguel Venegas, S. J., *Noticia de la California* (reproducción de la de Madrid, 1757), 3 v., México, Luis Álvarez y Álvarez de la Cadena, 1943.

<sup>2</sup> La completa desnudez de todos los californios del sexo masculino fue percibida de manera constante por cuantos exploraron la península desde la primera mitad del siglo XVI. Como un ejemplo citaremos lo que acerca de esto escribió el capitán Francisco de Ulloa que, enviado por Hernán Cortés, recorrió las costas de la península en 1539: “Vimos este día en la costa diez o doce indios; no pudimos ver por estar tan lejos dellos; pareciónos gentes desnudas [...]” Y más abajo, al describir con algún detalle el aspecto de los californios, nota Ulloa acerca de un anciano indígena: “Él y los demás eran gentes desnudas y sin ninguna vestidura, ni ropa ni cobertura [...]” *Memorial y relación del viaje y descubrimiento de Francisco de Ulloa*, en Julio Le Riverend (ed.), *Cartas de relación de la conquista de América*, México, Nueva España, s. f., p. 645, 652.

todo un adorno postizo que, visto de lejos, pudiera pasar por peluca.<sup>3</sup> Los de Loreto ceñían generalmente la cintura con una faja bien tejida, y la frente con una redecilla curiosa. A ésta añadían algunos un collar, con ciertas figuras de nácar bien labradas, guarnecidas a veces con unas frutillas redondas, a manera de cuentas, que podría sospecharse ser algún remedo del rosario, pendiente al cuello, de que acaso tuvieron noticia en tiempos anteriores a la primera entrada de los jesuitas, si valiesen algo las sospechas que se apuntarán después hablando de sus dogmas y misterios. Con esto mismo adornaban las manos, como con brazaletes y pulseras.

Los cochimíes del norte no criaban, por lo regular, el pelo largo, a excepción de algunos que dejaban crecer unas pequeñas guedejas.<sup>4</sup> No usaban de perlas, como los del sur; pero tenían otro adorno más vistoso, es a saber: unas toquillas o cintillos formados de nácar, que rodeaban como corona la cabeza. Para formarlas, descantillaban primero la madreperla, y la bruñían hasta dejarla lisa y lucida por ambos lados. Después, con un pedernal la partían en listas de seis, u ocho líneas de largo, y dos o tres de ancho; y agujereándolas por los extremos, las unían entre sí de modo que formasen un círculo, y éste acomodaban en la cabeza, quedando pendientes por todas partes las listillas del nácar. Otros formaban estas toquillas aún más vistosas de esta suerte: agujereaban la listillas de nácar por los dos extremos y, por medio de un hilo, que pasaba por estos agujeros,

<sup>3</sup> También es de interés citar aquí la descripción que del aspecto de los pericúes dejó un conocido navegante y explorador, don Pedro Porter y Casanate, en el año de 1644: “traían mucha plumería en la cabeza, y al cuello colgadas conchas de nácar con muchos agujeros [...] los hombres son más corpulentos, fuertes y bien agestados que los de Nueva España, su cabello es algo rubio [sic], tráenlo muy largo, y andan desnudos [...]” *Relación referente a don Pedro Porter, 1644*, en W. Michael Mathes, *Californiana II. Documentos para la historia de la explotación comercial de California, 1611-1679*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1970-1971 (Colección Chimalistac de libros y documentos acerca de Nueva España, 23), p. 327.

<sup>4</sup> La diferencia aquí notada respecto de la forma en que traían el pelo los cochimíes del norte puede documentarse también en los múltiples escritos y relaciones de los exploradores de los siglos XVI y XVII. Nuevamente citamos al capitán Francisco de Ulloa: “todos los demás que este día se vieron en las balsas y en la tierra, ocho o diez hombres desnudos y de buena deposición y trasquilados, las trasquilas de dos o tres dedos de largo [...]” *Memorial y relación del viaje...*, p. 656-657.

afianzaban cada una de las listas dichas, así por el extremo alto, como por el bajo, contra unos cordelillos o pequeña red, u otra cosa, que servía también de forro a esta especie de corona. La cual representaban mejor estas toquillas, porque en ellas no quedaba el nácar pendiente y suelto por el un extremo, como en las otras, ya dichas; sino derecho y fijo por los dos. Las listillas de nácar estaban arrimadas unas a otras, tocándose por los cantos; pero no eran todas iguales sino que las de en medio eran más largas que las demás: de suerte que, puesta la toquilla en la cabeza, las que estaban en medio, sobre la frente, eran más altas y más largas y, aunque por la parte inferior todas estaban iguales, las demás por la parte superior iban poco a poco en disminución, igualmente por uno y otro lado de la cabeza hasta detrás de las orejas o más adelante. Las primeras eran de dos dedos de largas, y las últimas de un dedo o menos. Por detrás no tenían nácar sino sólo los cordelillos que venían del forro; los cuales, atándolos de un lado con los del otro afianzaban la toquilla en la cabeza.

También hubo antiguamente esta moda de toquillas entre los pericúes del sur, formadas de unos caracolillos pequeños, blancos y redondos, que parecían perlas, y las hacían muy vistosas. Esto pudo dar motivo al engaño de Francisco Drack,<sup>5</sup> que juzgó le ofrecían los indios el cetro y la corona de la California, según refiere el padre Esquerer si ya no es esta noticia una de las que han hecho poco estimada la Relación de este famoso corsario.

En las mujeres, por lo general, era grande el cuidado con la decencia necesaria, para defensa y reparo de la honestidad. Era esto en tanto grado que, aun a las niñas recién nacidas proveían de este resguardo, y el prevenirlo era una de las ocupaciones más precisas de las madres, cuando se hallaban encinta, por si acaso parían hembras.<sup>6</sup> Y después de fundado el presidio de Loreto se escandalizaban

<sup>5</sup> Se alude aquí al famoso viaje de Sir Francis Drake que en el año de 1577 tomó posesión de lo que hoy es el puerto de San Francisco. Véase *Voyages of the Elizabethan Seamen to America. Thirteen Original Narratives from the Collection of Hakluyt*, E. J. Payne (ed.), Londres, De la Rue & Co., 1880, p. 146 y s.

<sup>6</sup> Confirman también las diversas relaciones de los navegantes y exploradores, anteriores a la entrada de los jesuitas, el hecho de que las mujeres nativas se cubrían el sexo por medio de una faldilla dividida en dos, hacia las partes de adelante y de atrás. Había sin embargo algunas diferencias en la manufactura de estas faldillas

de las niñas españolas, hijas de los soldados, si observaban algún descuido en esta materia. Las más decentes en vestirse eran las mujeres de los pericúes, hacia el Cabo de San Lucas. Hay en este pedazo de tierra cierta especie de palmas, distintas de las que producen los dátiles, y de éstas se valen las indias, para formar sus faldellines. Para esto golpean sus hojas, como se hace con el lino, hasta que salen esparcidas las hebras; las cuales, si no son tan delicadas como las del lino, a lo menos quedan, machacadas de este modo, más suaves que las del cáñamo. Su vestido se reduce a tres piezas, dos que forman juntas una saya, de las cuales la mayor, poniéndola por detrás, cubre también los dos lados volteando un poco para delante, y llega desde la cintura hasta media pierna o poco más. La otra pieza se pone por delante, cubriendo el hueco que dejó la mayor, pero sólo llega a las rodillas o muy poco más. La tercera pieza sirve de capotillo o mantelina con que cubren el cuerpo, desde los hombros hasta la cintura o poco más. Estos vestidos no están tejidos sino engasados de hilos, o diremos mejor cordelillos, unos con otros por el un extremo, como en los fluecos, deshilados o guadamaciles,<sup>7</sup> quedan pendientes a lo largo en madejas muy tupidas y espesas. Y aunque labran unas pequeñas telas de estas pitas o hebras de palmas, no son para vestirse sino para hacer bolsas y zurrones en que guardan sus alhajuelas.

Estas indias del Cabo de San Lucas crían el cabello largo, suelto y tendido por la espalda. Forman, de figuras de nácar, entreveradas con frutillas, cañutillos de carrizo, caracolillos y perlas, unas gargantillas muy airosas para el cuello, cuyos remates cuelgan hasta la cintura y, de la misma hechura y materia, son sus pulseras. Aun en

como, con bastante detalle, se hace notar en el texto de Del Barco, en el que incluye éste varios párrafos de la obra de Venegas con las adiciones que estima pertinentes.

<sup>7</sup> *Flueco*: “cierto género de pasamano tejido [género de galón], con los hilos cortados por un lado que se hace de hilo [...] u otra cosa, y sirve de guarnición en los vestidos u otras ropas, pegándolo en las orillas.” *Diccionario de Autoridades*.

*Deshilado*: “se llama también a una labor de aguja que se hace en las cosas de punto y telas, dejando huecos artificialmente para su hermosura.” *Idem*.

*Guadamaciles*: “cabritilla adobada [la piel de cualquier animal pequeño como cabrito... la cual se adoba, adereza y da color], en que a fuerza de la prensa se forman por el haz diferentes figuras de diversos colores.” *Idem*.

aquel rincón del mundo, inspira estas invenciones a gente tan bárbara el deseo de parecer bien. El color de toda esta nación pericú es, por lo común, menos obscuro, y aún notablemente más claro, que el de todos los demás californios.<sup>8</sup>

En las mujeres de los cochimíes del norte es diverso y más pobre el vestuario, pues empieza en la cintura, y acaba en las rodillas en algunas tierras; en otras, hasta un poco más abajo. Por delante es un faldellín formado de los pequeños nudos de carrizos muy delgados que cortan cerca de los nudos por uno y otro lado. Tiran los cañutillos, por no servir para este efecto y reservan sólo los nudos, los cuales agujerean y ensartan en unos hilos, o cordelillos delgados, que sacan de los mezcales, como quien ensarta un rosario. Estas sartas bien espesas se atan, por el un extremo, a otros cordelillos que se amarran en la cintura, quedando por el otro extremo sueltas, y llegan, por lo menos, a las rodillas; aunque en algunos territorios las usan más largas y casi hasta media pierna, componiendo de esta suerte, todas juntas, una cortinilla defensiva del pudor, ya que no de las inclemencias del tiempo. La parte opuesta cubren con una piel de venado, o de otro animal, que hayan cazado los maridos. Desde la misión de San Borja, a los 30 grados de altura, en adelante estilan cubrir el cuerpo con mantellinas de nutrias o liebres, de conejos y otros animales.

Una de las fiestas más célebres de los cochimíes era la del día en que repartían las pieles a las mujeres una vez al año, según lo averiguó el padre Francisco María Pícolo en su primera entrada al valle de

<sup>8</sup> Esta consideración acerca del color más claro de los pericués, la encontramos confirmada en múltiples testimonios. Parece de interés citar aquí lo que acerca de esto consignó el padre Ignacio María Nápoli al tiempo de su entrada, en 1721, al extremo sur de la península: “no he visto gente más alta ésta, de cuerpo bien proporcionado, gordos y muy blancos y bermejos, y particularmente los muchachos parecen ingleses o flamengos por la blancura y colorados. Juzgo que algunos notablemente diferentes de los otros sean hijos de ingleses, porque en este cabo [de San Lucas] han pasado y se han detenido varias embarcaciones inglesas, por aguardar la nao de China, que es donde vienen a reconocer, y como estos desdichados tienen por estilo de cortesía ofrecer sus mujeres, no me parece sospecho sin fundamento en gente herética [...]” “Relación del padre Ignacio María Nápoli sobre su primera entrada entre los coras, 1721”, en Roberto Ramos (introd. y paleografía), *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional*, Mexicali, Gobierno del Estado de Baja California, 1958, t. I, p. 292-293.



San Vicente, donde hoy está fundada la misión de San Ignacio.<sup>9</sup> Juntábanse en un lugar determinado las rancherías confinantes, y allí formaban, de ramos de árboles y matorrales una casita o choza redonda, desde la cual desembarazaban la tierra por un trecho proporcionado formando camino ancho y llano para las carreras. Traían aquí todas las pieles de los venados que habían cazado aquel año, y con ellas se alfombraba el camino. Entraban los principales dentro de la choza y, acabado el convite de sus cazas, pescas y frutas, se medio emborrachaban, chupando del tabaco cimarrón. A la puerta de la choza tomaba su lugar uno de los hechiceros en traje de ceremonia y predicaba en descompasados gritos las alabanzas de los matadores de venados. Entretanto los demás indios iban y venían, corriendo como locos sobre las pieles, y las mujeres daban vueltas alrededor cantando y bailando. En fatigándose demasiado el predicador, cesaba el sermón, y con él las carreras; y saliendo de la choza los principales, repartían a las mujeres las pieles para vestuario de aquel año, celebrándose el repartimiento con nuevas algazaras y alegrías, a pesar del descontento necesario de algunas. Toda esta fiesta se hacía por ser para aquellas miserables mujeres la mayor gala y riqueza una piel de venado, con que poder malcubrir su desnudez. Las mujeres de la nación guaycura no usan pieles para cubrirse por detrás y, en lugar de esto, se ponen muchos hilos o cordelillos espesos y tupidos, pendientes de la cintura y sueltos por abajo, que llegan poco más que a las corvas. Estas mismas mujeres usan por delante los carrizos, como las cochimíes: bien que, en varias rancherías, en lugar de los nudos de carrizo, ponen solamente el delantal de solos cordelillos espesos como el que se ponen por detrás, sin llegar a juntarse el uno con el otro. Ni por esto llevan estas guaycuras faldellín del todo semejante al de las pericúes, porque éstas últimas le usan más largo, los cordelillos más gruesos, mucho más amonto-

<sup>9</sup> El propio padre Francisco María Pícolo, en una carta que dirigió al hermano, y después también sacerdote, Jaime Bravo, de fecha 18 de diciembre de 1716, describe con abundantes detalles la fiesta a la que aquí se alude. Véase Francisco María Pícolo, S. J., *Informe del estado de la nueva cristiandad de California y otros documentos*, Ernest J. Burrus, S. J. (ed.), Madrid, José Porrúa Turanzas, 1962 (Colección Chimalistac de libros y documentos acerca de Nueva España, 14), p. 193-195.

nados y tupidos, y que rodean toda la cintura. En fin, todas procuran cubrirse de algún modo, siguiendo el impulso del natural pudor.

Éste era tan desconocido en los varones, que tenían por afrenta y deshonra, en los principios, que los obligasen a estar vestidos. Por esta razón en las varias entradas que se hicieron a la California, cuando ofrecían los padres o soldados a los indios algunos vestidos de sayal, o no los tomaban o los arrojaban después por el camino. Tenían en esta materia tan poca aprehensión que, como dice el venerable padre Juan María de Salvatierra, se escandalizaban al principio, cuando los padres les mandaban cubrir a lo menos lo que pide el recato, no acabando de encontrar en sí mismos la indecencia, que les inculcaban, de su desnudez. Era para ellos el ver uno de sus paisanos vestido, espectáculo de tanta risa como puede serlo entre nosotros el ver vestido un mono. Sirva de prueba el caso siguiente: un misionero, recién entrado en su misión<sup>10</sup> que iba a fundar, vistió con unas varas de palmilla, que había llevado de Nueva España, a dos niños, que hizo vivir en su casa, para que le fuesen primero maestros de la lengua y después le sirviesen de catequistas. El mismo padre cortó y cosió los vestidos, y cuando ya los tuvo acabados, se los puso. Cuando los chicuelos salieron con la nueva gala a vista de sus parientes, fue tanta la risa y burla que ellos les hicieron, por haberse vestido, que los muchachos, avergonzados y confusos con la moda de sus paisanos, se quitaron los vestidos y los colgaron de un árbol. Pero por no mostrarse ingratos con el padre, o porque éste no los riñese, determinaron tomar a medias el beneficio: y así de día andaban desnudos por el campo entre sus parientes, y de noche se vestían, para venir a ver al padre, y dentro de su casa dormían con el vestido puesto.

No es mejor ni más acomodada la casa y habitaciones de los californios que sus trajes y vestidos. Moraban juntos los de cada ranchería<sup>11</sup> en los parajes donde los forzaba a vivir la precisa necesidad

<sup>10</sup> Al pie de página incluye Del Barco la siguiente referencia, tomada de la obra de Venegas y Burriel: era el “padre Pedro Ugarte, en San Juan Baptista Liguí”.

<sup>11</sup> *Ranchería*: es éste un término ampliamente usado por los misioneros y exploradores, sobre todo en las regiones del norte de Nueva España. Con él se designaba a un conjunto de varias familias emparentadas entre sí, generalmente dentro de un esquema de linaje patrilineal. Una ranchería incluía entre cien y



y los pocos agujajes que hay en la tierra; pero fácilmente mudaban de rancho, según la precisión de ir a buscar su sustento en otros lugares. Donde quiera que paraban, se acogían a la sombra de los árboles, para resistir de día los bochornos del sol y guarecerse de algún modo el resto de la noche y de las inclemencias del tiempo. En el rigor del invierno vivían algunos en cuevas subterráneas, que formaban o que les ofrecían, en sus grutas, los montes. Hacia el Cabo de San Lucas, hacían de ramas algunas chozas, semejantes a las cabañas de los pastores, habiendo acaso aprendido de las barracas que vieron formar en tierra a los navegantes, cuando por alguna necesidad han dado fondo cerca del Cabo.<sup>12</sup> Bien que semejantes chozas se han hallado en el monte hacia los 30 grados de altura,<sup>13</sup> y se encuentran también más adelante algunas, y todas éstas aun en medio de la tierra. Tienen por lo regular estas chozas del norte menos de dos varas de diámetro y, no pudiendo extenderse para dormir, duermen o encogidos o medio arqueados. Otros, en el mismo norte, no tienen chozas, y para dormir hacen en la tierra una especie de sepultura como media vara de profunda, en donde están defendidos del aire pero a cielo descubierto.

En lo demás de la tierra, sus casas se reducen a un cercadillo de piedra sobrepuesta, en algunas partes de media vara de alto, y una en cuadro, sin más techo que el cielo. Casas verdaderamente tan estrechas, y pobres, que en su comparación pueden llamarse palacios las sepulturas. Dentro de esta casa no caben tendidos, y les es forzoso dormir sentados dentro de aquel pequeño recinto. Mas esto deberá entenderse de alguna u otra ranchería, o acaso de alguna u otra persona, que usaba tales casas; pues por lo común eran estos cercadillos de más de dos varas de diámetro, de suerte que por menos cabían dentro marido, mujer y los hijos pequeños. Eran redondos,

doscientos cincuenta individuos. Las rancherías californianas tenían una zona más o menos circunscrita en la que sus miembros practicaban la caza y la recolección. Este concepto en modo alguno significa el establecimiento formal de una población fija a modo de aldea o pueblo.

<sup>12</sup> Se refiere aquí a la región del Cabo San Lucas, visitada innumerables veces por navegantes, exploradores y pescadores de perlas.

<sup>13</sup> Se apunta aquí a una de las diferencias de que tuvieron noticia los misioneros como resultado de sus reconocimientos en las regiones más septentrionales de California.

y de tres palmos o más de altos. Es verdad que en las cabeceras han hecho algunos por dar gusto a los padres, sus casas pequeñas, cubiertas de paja o cosa equivalente; pero muchos no las habitaban a los principios ni había forma de reducirlos a ellas; porque se angustiaban debajo de techado.<sup>14</sup> Tan cierto es que la mayor parte de las necesidades de la vida son hijas solamente de la aprensión de los hombres, del ejemplo y de la costumbre. Mas ya en las misiones antiguas gustan mucho de vivir en las casas cubiertas, a excepción, cuando más, de los viejos, que se criaron sin conocer casas ni se acostumbraron después a vivir en ellas.

Bien es verdad que no necesitan de grandes piezas, para guardar las alhajas y muebles de su recámara, para los cuales se suele destinar la mayor parte de las habitaciones entre nosotros, aún más que para las personas. Los muebles y utensilios de los californios se reducen a tan corto número que, cuando se resuelven a mudar de viviendas, los llevan todos consigo, cargados en la espalda, sin sentir por eso embarazo considerable. Éstos, pues, se reducen a una batea grande que, en su hechura y tamaño, es como un platón grande, una taza u hortera, como copa de sombrero, aunque algunas son puntiagudas; un hueso, que les sirve de alesna, para componer las dos piezas dichas; un palillo pequeño para hacer lumbre; una red de pita grande en que las mujeres cargan cuanto tienen que cargar, exceptuando la leña; otra, en forma de bolsa, que usan los hombres para recoger en ella o pitahayas, en su tiempo, o raíces u otra cosa

<sup>14</sup> A este respecto puede citarse una atinada observación del también misionero en California, padre Jaime Bravo, describiendo la resistencia que manifestaron algunos indígenas de entrar en las barracas recién construidas, al establecerse la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz, en 1720: “A poco rato de haber empezado la lluvia vinieron dos hombres a nuestra barraca y, significándoles la lástima que nos causaba el ver se estaban mojando sus mujeres e hijos, les dijimos que, si gustaban podían venir a la barraca donde, aunque había sus goteras, no estaba tan inclemente como en la ranchería. Parecía convite excusado que gente nueva quisiese encerrarse de noche dentro de nuestra barraca y trincheras.” De hecho, poco antes, en la misma relación, había notado ya el propio padre Bravo: “al llegar a nuestra barraca uno de ellos [...] rehusaba mucho el entrar [...].” “Relación de Jaime Bravo”, en *Testimonios sudcalifornianos, nueva entrada y establecimiento en el puerto de La Paz*, Miguel León-Portilla (ed. e introd.), México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1971, p. 63, 60.

que ofrece la estación o la casualidad; dos tablitas de menos de un palmo de largo, y medio de anchas, formadas de cierta pequeña palma, entre las cuales guardan las plumas de gavilán, para que no se ajen, y les sirven para las flechas; algunos pedernales para ellas; y, finalmente, el arco y las flechas, a que algunos, más delicados y prevenidos, añaden una concha para beber. Los que viven en las playas, tienen, demás de esto, algunas redes grandes para pescar.<sup>15</sup>

Las mujeres cargan estos trastos cuando van de una parte a otra. Los hombres sólo llevan el arco y las flechas, por lo menos en las misiones antiguas. En las muy nuevas, y en su gentilidad, solían llevar también los nervios de venado para los arcos. Mas, porque no tenían donde guardarlos, y por ir desembarazados y libres, se agujereaban las orejas y de ellas colgaban como arrancada un cañuto de carrizo, en que los metían. También suelen llevar los hombres el palillo con que sacan lumbre, lo cual consiguen con gran presteza poniéndole, de punta o por un extremo, sobre otro palo más grueso y bien seco y, frotándolo entre las manos, batiéndolo, como quien bate chocolate, presto se enciende el fuego con la colisión de los dos palos. El delgado, por no hallarse en todos los parajes, solían llevarle consigo entre el pelo y sobre una de las orejas. Los hombres son los que hacen las bateas y principalmente se aplican a esto los viejos que aún tienen alguna robustez, mas no están ya hábiles para la casa de venados. De cuenta de las mujeres suele correr el remendar dichas bateas; de cuya formación hemos hablado en otro lugar. No deja de causar admiración que no supiesen aprovecharse del barro, secándolo al sol o tostándolo al fuego, para labrar estos utensilios: pero nada de esto se halló entre ellos, ni lo han sabido hasta que se les ha enseñado después de cristianos. También corre de cuenta de las mujeres formar las redes; así las menores en forma de bolsa de que usan los hombres, como las otras mayores en que las mismas mujeres cargan a la espalda cuanto se les ofrece.

<sup>15</sup> Bastante adecuada es esta descripción de los utensilios propios de la mayor parte de los grupos de californios. Véase a este respecto la descripción que, sobre la base de distintas fuentes, proporciona Homer Aschmann en *The Central Desert of Baja California. Demography and Ecology*, Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1959, p. 58 y s.

Entre los pericúes del sur se estilaba la poligamia o multiplicidad de mujeres.<sup>16</sup> Éstas eran las que cuidaban del sustento de la familia, y traían, a competencia, a sus maridos las frutas y semillas del monte, para tenerlos contentos. Porque, una vez desechadas, cosa que pendía de sólo su capricho y antojo, no hallaban fácilmente quién las admitiese. Con esto los maridos estaban tanto más bien provistos y regalados, cuanto mayor número de mujeres tenían: naciendo de aquí el vivir envueltos en brutal carnalidad. No había tanto exceso en las otras naciones, donde sólo tal cual de los principales tenía dos mujeres, viviendo los demás con sólo una. El adulterio era mirado como delito, que por lo menos daba justo motivo a la venganza, a excepción de dos ocasiones: una, de sus fiestas y bailes, y otra, la de las luchas, a que algunas veces se desafiaban unas a otras las rancherías, porque en ésta era éste el vergonzoso premio del vencedor. En los cochimíes del norte no se encontró mucho exceso en esta materia, y un misionero añade, hablando de su distrito,<sup>17</sup> que no obstante la entera libertad que gozaban aquellos indios, no se veía en ellos desenfrenamiento y liviandad; lo que atribuye a la aspereza de vida que allí pasan en medio de la serranía, con hambre, frío, desnudez y falta de toda conveniencia.

El modo de ajustar sus casamientos en la nación de Loreto, era presentando el novio a la que pretendía, por vía de arras, una batea, que en lengua monqui llamaban *oló*. Si se admitía, era señal de consentimiento, debiendo volver ella al pretendiente una redecilla; y, con esta mutua entrega de alhajas, quedaba celebrado el casamiento. En otras naciones se hacía el ajuste al fin de un baile, a que convidaba a toda la ranchería el pretendiente. Pero por solemne que fuese este contrato, era fácilmente rescindible por cualquier ligero motivo, aun en las naciones que no estilaban la poligamia. El amor a los hijos no era tanto que impidiese matar algunas veces sus criaturas, cuando no les alcanzaba el sustento. Observó esto el venerable padre Salvatierra, y ordenó que siempre se diese ración doble a todas las recién

<sup>16</sup> Fue precisamente la oposición de los misioneros a esta costumbre una de las razones que motivaron la gran rebelión de los pericúes hacia el año de 1734.

<sup>17</sup> Conserva aquí Del Barco la referencia ya indicada en la obra de Venegas y Burriel. La persona en cuestión era el “padre Everardo Helen, misionero de Guadalupe”.

paridas.<sup>18</sup> Más frecuente era el procurar, las que estaban encinta, el aborto, matando al feto por medio de violentas opresiones del vientre; para lo cual solían valerse de otra mujer y, después de muerta la criatura, se seguía el aborto. Principalmente en las primerizas era lo regular el que diesen este destino fatal a sus fetos; y la razón que daban era que estas criaturas salían débiles y desmedradas. Lo mismo hacían otras mujeres, por no cargarse de tantos hijos, en lo cual no hallaban especial inconveniente ni disonancia. Hallóse también entre ellos, establecido por costumbre, lo mismo que a los hebreos mandaba la ley, esto es, que la viuda debía casarse con el hermano del difunto o con el pariente más cercano de éste.

El tiempo de las cosechas de las pitahayas era como el tiempo de su vendimia. En él estaban más alegres y regocijados que en todo lo restante del año. “Los tres meses de la pitahaya (dice el venerable padre Salvatierra)<sup>19</sup> son como en algunas tierras de Europa los tiempos de *carnevolendas*, en que en buena parte salen de sí los hombres. Así estos naturales salen de sí, entregándose del todo a sus fiestas, bailes, convites de rancherías distantes, y sus géneros de comedias y bufonadas que hacen, en que suelen pasarse las noches enteras con risada y fiesta, siendo los comediantes los que mejor saben remedar, lo cual hacen con grande propiedad.” En cuanto a los bailes, notó el mismo padre, que tenían suma variedad y no poca destreza. “Tuvimos aquí (dice)<sup>20</sup> las fiestas de pascua de Navidad con mucho gusto y devoción, y de los indios también, asistiendo algunos centenares de catecúmenos a las fiestas, haciendo también sus bailes los cristianitos más de ciento. Y son sus bailes muy diferentes de los que usan las naciones de la otra banda; pues tienen más de treinta bailes, y todos diferentes, y todos en figura, ensaye y enseñanza de algunas cosas esenciales para la guerra, para la pesca,

<sup>18</sup> La consideración que en seguida se incluye, y que no aparece en la obra de Venegas y Burriel, la hace Del Barco con base en su propia experiencia.

<sup>19</sup> Al pie de página aparece la siguiente referencia: “Carta al padre Francisco de Arteaga, provincial de Nueva España, en mayo de 1701”. Esta carta ha sido publicada en Juan María de Salvatierra, *Misión de la Baja California*, Constantino Bayle, S. J. (ed., introd., arreglo y notas), Madrid, Católica, 1946, p. 141 y s.

<sup>20</sup> Como referencia, también a pie de página, se indica: “Carta al padre Juan de Ugarte de 4 de abril de 1699”. Esta carta ha sido publicada también, íntegramente, en la ya citada edición de Bayle, *Misión de la Baja California...*, p. 115 y s.



para caminar, para enterrar, cargar y cosas semejantes; y se precia el niño de cuatro y de tres años de salir bien del papel de su baile, como si fueran ya mancebos de mucha emulación y juicio: cosa que nos dio a todos mucho divertimiento de verlos”.

No es extraño, que adelantasen en este oficio de bailes, pues es el único que tienen en tiempo de paz: natural es adelantarse en lo que siempre se ejercita. Ellos se divierten y bailan por sus bodas, por la fortuna en sus pesquerías y cazas, por el nacimiento de sus hijos, por la alegría de sus cosechas, por las victorias sobre sus enemigos o por otras cualesquiera causas cuya gravedad no se detenían mucho en pesar y medir. Para estos regocijos solían convidarse unas a otras las rancherías y también se desafiaban muchas veces a luchar y correr, a probar las fuerzas y la destreza en el arco y flechas y en éstos y otros juegos entretenidos, pasaban muchas veces días y noches, semanas y meses en tiempo de paz. Pero la paz se interrumpía a cada paso con las guerras, bandos, parcialidades y rencores de unas naciones y rancherías contra otras. Los motivos de estas disensiones, no pudiendo ser por dominios y posesiones de tierras, eran de ordinario por vengar los agravios que hacían unos a otros los particulares, o cuando más por ir unos a pescar o coger frutas a donde ya tenían más costumbre que derecho de ir otros. El modo de vengarse era hacer el ofendido alguna hostilidad o daño al ofensor; y si no podía a su persona, a alguno de su parentela o de su ranchería. Seguía-se de aquí tomar todos la causa por suya; y si no se juzgaban bastantes, llamaban en su socorro a las rancherías amigas, para dar todas juntas sobre la contraria.

El modo de publicar la guerra era hacer con mucho estruendo provisión de flechas y de pedernales para ellas y procurar que, por varios caminos, llegasen las asonadas a oídos de sus contrarios, pretendiendo intimidarlos para vencerlos. Llegado el lance decisivo de la batalla, se presentaban en tropa confusa con grande algazara y gritería, sin ningún género de orden militar. Así se afrontaban desordenados pelotones entre unos y otros hasta ponerse a tiro de la saeta, y entonces empezaba el choque. Sólo guardaban algún orden en irse remudando las cuadrillas a tomar el frente del ejército, cuando las primeras se retiraban, o por cansadas o por faltas de flechas. Cuando llegaban a estrecharse en el combate, usaban, para

herir de cerca, unos venablos o lanzas de palos, con las puntas aguzadas y tostadas, que hacían a veces no menor efecto ni menos seguro que el acero. Otros usaban también de dardos. Y en el norte, hacia los 31 grados,<sup>21</sup> se halló que usaban de varias especies de armas para herir de cerca: una era de la figura de una garrucha de pozo, de un palmo de diámetro, con su canalita en medio, y con su cabo, de palmo y medio de largo, todo lo cual era de una sola pieza. Otra, se parecía a una picadera de cantero; por un extremo con pico y por otra la boca o hachuela de corte; de el medio salía el cabo para manejar esta arma, que toda, con su cabo, era también de una pieza. Otra era como una pequeña y corva espada.

Al fin, en estas batallas vencía, no quien tenía más destreza o más pujanza y valor, sino quien se mantenía más firme contra el miedo propio, o acertaba a infundirle al enemigo. Así crecían, y se hacían generales los rencores, las parcialidades y las guerras, al paso que unos y otros se disminuían con recíprocas muertes. Así se ha visto, principalmente en las rancherías del sur, muchas de las cuales se han ido consumiendo con mutuos odios y venganzas. También las tenían los de Loreto y del norte, aunque no con tanto exceso. Los del norte especialmente, así como son de genio más noble y de capacidad más despierta, así también son de condición más blanda y sociable, y de ánimos más dóciles a la razón, menos tercos y menos vengativos.

### *Adición*<sup>22</sup>

Los arcos de los californios no son como los pintan frecuentemente en manos de los americanos, y como se ve en la de un californio entre las figuras que trae por orla el mapa de esta península, puesto a la frente de esta obra en su primera edición: esto es, un arco con una curvatura en medio, que le hace formar dos arcos o semiarcos.

<sup>21</sup> Alude aquí Del Barco a las informaciones que se obtuvieron como consecuencia de las últimas entradas en las regiones del norte, sobre todo las llevadas a cabo por el padre Wenceslao Linck.

<sup>22</sup> Con este subtítulo destaca Del Barco que la pormenorizada descripción que sigue acerca de los arcos y flechas de los californios se debe a sus propias observaciones.



Esta especie de arcos nunca se ha visto entre los californios. Los cuales solamente usan un arco sencillo que no es de medio punto o semicírculo sino un arco rebajado a modo de la figura que tienen los arcos de coros de las iglesias, y acaso más rebajado que éstos. Para formarle toman un varejón de madera sólida y le tuestan al fuego, para enderezarle bien y dar más consistencia a la madera. Después le limpian y, dejándole hacia el medio del grueso que pudieran tener tres dedos juntos o algo más, los van adelgazando poco a poco hacia los extremos, igualmente de uno y otro lado, de suerte que las puntas quedan del grueso de un dedo o menos. A una de ellas atan fuertemente la cuerda, hecha de nervios o de tripas de venado, y gruesa como tres bordones de arpa juntos y, calentando otra vez el palo, le doblégan un poco y toma la figura de arco que debe tener: entonces afianzan, con la cuerda bien tirante, la otra punta, dejando con esto formado su arco. El cual usan algunas naciones más grande que otras: los menores son de seis palmos o de siete de alto, de punta a punta en diámetro, y los mayores de ocho o nueve palmos.

Las flechas son como de una vara de largo. Una tercia parte, hacia la punta, es un palo delgado de madera dura y de poco peso; las dos tercias son de caña o carrizo, delgado como el dedo auricular, o el menor de la mano. En el último cañuto del carrizo hacen entrar ajustadamente el palo, después de pulirle, y para más firmeza pegan estos dos materiales con brea, y sobre todo con nervios delgados y aplastados, dan muchas y apretadas vueltas en la parte donde acaba el carrizo y comienza el palo, con lo cual cubren la desigualdad de la juntura. A ésta le dan fortaleza y facilitan el que, cuando en un cuerpo a que disparan la flecha ha entrado todo el palo, pueda también sin dificultad entrar el carrizo. En la punta adelgazan un poco el palo, pero no le dejan muy agudo, o porque no se rompa presto, o porque no lo necesita para entrar en el cuerpo a que le disparan; pues aun así traspasa una tabla medianamente gruesa. Demás de esto para que la flecha pueda volar lejos y derecha al blanco, la ponen sobre el carrizo, en el extremo opuesto a la punta, tres plumas, o diré mejor, tres medias plumas de gavilán que son las mejores para esto. Dividen estas plumas a lo largo, y ponen tres mitades alrededor del carrizo, a igual distancia unas de otras en





forma de triángulo, teniendo cada una cosa de cinco dedos de largo: las cuales pegan con brea y nervios contra el mismo carrizo. Éstas son las flechas comunes y ordinarias que sirven a los indios para toda caza y también para entretenerse tirando al blanco. Mas para la guerra, o para cazar venados u otros animales grandes, aunque sirven bien las ya dichas, suelen añadirles un pedernal en la punta en forma de lanceta, para que haga mayor herida y no pueda desprenderse del cuerpo herido. Este pedernal le afianzan en la punta del palo de la flecha con nervios, como lo demás que queda dicho.

En este capítulo sexto de la primera edición de esta obra se dice que se halló entre los californios la bárbara costumbre de portarse la mujer que acaba de parir, sin resguardo alguno, trabajando como siempre y sirviendo a su marido, que, en lugar de ella, se acostaba haciendo el papel de fatigado y doliente. Sobre esto me veo precisado a decir por honor a la verdad, que entre años que estuve de misionero en la California, nunca oí tal especie, habiendo conocido y tratado mucho con varios sujetos así jesuitas como seculares, de los más antiguos en la misma California que no dejaban de contarme cosa tan extraña, como me contaron otras cosas que aquellos indios usaban en su gentilidad. Estuve en el sur de misionero más de un año, cuando los indios, aunque ya bautizados estaban aún muy montaraces, de suerte que los más andaban desnudos como los gentiles; con todo eso, ni aun allí supe de tal especie, la cual, si antes hubiera existido, era muy natural que en aquel tiempo aún perseverase, por lo menos en algunas familias; o si esto no, siquiera su memoria debía estar muy fresca y muy pública para no haberla yo oído jamás. Entre la gente que en el norte se bautizó y compuso las tres últimas misiones de Santa Gertrudis, San Borja y Santa María, es cierto que no se halló esta extravagancia. Tampoco la han oído otros misioneros a quienes he preguntado.

Por otra parte la sinceridad y exactitud de nuestro autor me persuaden enteramente que no se escribió esto sin fundamento, y que acaso alguna de las naciones que tenía presentes cuando escribió, lo refería. O acaso por otra parte oyó esta noticia de quien pudo equivocar la California con otra alguna nación americana: y no sabiendo la autoridad de quien lo escribió o lo contó, no me atrevo a decir resueltamente que, respecto de nuestra California, sea falsa

la noticia; pero me inclino a creer que lo es o que, cuando más, pudo hallarse muy a los principios de la conquista, en alguna familia o corta ranchería, esta costumbre bárbara de la cual se acabó presto la memoria por no usarse entre los demás; pero siempre es cierto que este uso, si acaso le hubo, no fue general en la California. Supuesto lo dicho, el lector forme su juicio sobre la verdad de este punto.<sup>23</sup>

Lo que aún en estos tiempos alguna vez sucede, es que la mujer que está encinta, va al monte por la mañana con otras mujeres (porque no se les permite ir solas), para traer mezcales u otra cosa y, estando en esta faena sobreviene la urgencia del parto, y se vuelve por la tarde con sus compañeras trayendo en brazos al niño que por la mañana llevó al campo en el vientre; porque ellas no tienen cuenta con el tiempo que llevan de preñez, ni con el que ésta ordinariamente dura. Y así, aunque estén en días muy cercanos al parto, no saben si aún faltan dos meses. Mas cuando sucede a una mujer parir en el monte, ya que la necesidad de volver a su casa la obliga a caminar recién parida, luego que llega se acuesta y se resguarda algún tanto, aunque no mucho.

En su gentilidad, y aún después siendo cristianos, en algunas partes usaban, luego que nacía la criatura, embarnizar todo su cuerpecito con un betún hecho de carbón molido y de recientes orines, con lo cual, aunque los dejasen en la apariencia hechos unos diablitos o unos negritos de Angola, los fortificaban y defendían de

<sup>23</sup> Como puede verse, en su larga discusión sobre esta materia, procede Del Barco con la cautela que le es característica. Como dato curioso transcribiremos lo que, por su parte, consigna fray Luis de Sales, misionero dominico en el extremo norte de la península en el año de 1794: “Las paridas, después del parto, acostumbraban bañarse su cuerpo con agua algo tibia, después entraban en un hoyo, el que está ya templado con el fuego; allí se colocaba boca arriba, la cubrían con ramas y tierra hasta el cuello y sobre la tierra suelen poner piedras gruesas para que sude; cuya operación repiten tres o cuatro días. Y todo esto no impide a que la mujer, acabando de parir, vaya por los montes buscando leña, agua y semillas. Y en toda la nación de California (que se llama *Ado*), el marido se acuesta en el sitio en donde parió la mujer, recibe las enhorabuenas de unos y las contemplaciones de otros.” Véase fray Luis de Sales, *Noticias de la provincia de California 1794*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1960 (Colección Chimalistac de libros y documentos acerca de Nueva España, 6), p. 38. Ante esta cita cabe preguntarse si el padre Sales habló aquí con base en su experiencia o más bien influido por la obra de Venegas y Burriel, a la que él mismo alude en diversos contextos.

algún modo de las injurias del tiempo, a falta de ropa con qué abrigoarlos. Ya han dejado este uso (o serán pocos los que aún le retengan), o porque no les falta alguna ropa con qué abrigoarlos, o porque habiendo de llevarlos a bautizar en el mismo día en que nacen (según se usa en la California si no es de noche), e instar los misioneros que lleven limpias las criaturas al santo bautismo, tienen por mejor omitir este trabajo de poner y quitar luego este barniz.

En la misión comenzada de Santa María, hacia los 31 grados de altura, usan otro modo de abrigoar y fomentar a los recién nacidos.<sup>24</sup> Hacen en su misma casita un hoyo en la arena, y le calientan con fuego que allí encienden. Después apartan el fuego, y estando la arena en buen temple de moderado calor, meten al niño al hoyo y le cubren con la arena caliente hasta la cabeza y aun hasta cerca de la boca dejándole lo restante del rostro descubierta para la respiración. Uno de los dos misioneros que comenzaron a establecer esta misión, siendo llamado una noche a confesar una mujer que acababa de parir, y no sabiendo aún esta costumbre de aquella gente, ni advirtiéndole nadie el sitio donde estaba el niño para que no le pisara, luego que entró en la casita, al ir a dar otro paso y poner el pie sobre la criatura, oyó un ligero quejido que salía del suelo. Sorprendióle la novedad y se detuvo, efecto de la Divina Providencia y del cuidado del Santo Ángel custodio, de otra suerte, con aquel paso fatal, hubiera quitado la vida al que comenzaba a poseerla.

En el citado capítulo sexto de la misma primera edición<sup>25</sup> se dice: *que el adorno de la cabeza, general de todas las mujeres de la California, es una redecilla, formada, etcétera.* Y en confirmación de esto, se ponen con redecillas en la cabeza las mujeres dibujadas en la orla del ya citado mapa. Sobre lo cual digo lo mismo que dejo dicho acerca de la otra noticia, de que en lugar de la mujer recién parida se acostaba su marido, y ella le servía y asistía. Yo nunca he visto en las mujeres californias redecilla en la cabeza ni en el norte ni en el

<sup>24</sup> La información que proporciona aquí Del Barco proviene de los informes proporcionados por el ya citado Wenceslao Linck a quien se debió, entre los jesuitas, la penetración más al norte en la California. Entre otras cosas puede verse que se alude ya a la existencia de chozas y asimismo a otras costumbres no practicadas por los californios más meridionales.

<sup>25</sup> Venegas, *Noticia de la California...*, 1943, t. I, p. 67.

sur, ni en las misiones antiguas ni en las más nuevas, ni en cristianas ni en gentiles, no obstante que he corrido toda la tierra desde el Cabo de San Lucas hasta la misión de San Borja, puesta a los 30 grados; y más adelante, en la de Santa María, me consta, por dicho de su misionero,<sup>26</sup> que tampoco las traen en la cabeza. Si este uso hubiera existido en algún tiempo, aunque fuera sólo en las misiones más antiguas, parece imposible que tan presto se hubiera acabado totalmente, de suerte que yo no alcanzase ni aun vestigios de él.

Aun cuando fuera un uso indecente y malo, que los misioneros hubieran procurado abolir, fuera muy difícil que en pocos años lo consiguieran, en todas las misiones, todos; mas siendo esta moda de suyo inocente, ningún misionero la había de impedir en sus indias, y así estaban ellas más lejos de dejarla todas, ni aun en una dilatada serie de años. Tampoco los hombres usan redecilla en la cabeza, lo más que hacen es que aquella red como bolsa larga, que ellos suelen llevar siempre consigo cuando caminan, por no llevarla en la mano embarzándolos, la ponen, cuando está vacía, unas veces en la cintura como por faja y otras en la frente en lugar de toquilla. En uno y otro caso, como está vacía, cerrada y tirante, no se ve allí otra cosa que un manojo de cordelillos, los cuales, juntos con los otros cordeles de que pende y que sirven para abrirla y cerrarla, alcanzan bien para acomodarla en la cintura y en la cabeza. Mas esto lo hacen por su conveniencia, no por adorno, y ciertamente no lo es, porque comúnmente son unas redes muy ordinarias, sucias y sin otro color que el de la tierra. Es verdad que saben las mujeres hacer redes muy curiosas, y las tiñen de varios colores, mas todos ellos son colores ordinarios y de poca permanencia.

Hablando del traje de las mujeres, dice nuestro autor en el mismo capítulo sexto de la primera edición, página 83,<sup>27</sup> lo siguiente: *en las mujeres, aunque en algún paraje era igual la desnudez a la de los hombres, como advirtió el padre Fernando Consag en la bahía de Los Ángeles, con todo eso, por lo general era grande el cuidado con la decencia, etcétera.* Es cierto que el padre Consag en el viaje que hizo por mar al río Colorado el año de 1746, quedó persuadido que las mujeres

<sup>26</sup> Nueva alusión al padre Wenceslao Linck.

<sup>27</sup> Venegas, *Noticia de la California...*, 1943, t. I, p. 76.

de algún paraje de aquella costa oriental estaban tan desnudas como los hombres. Así lo publicó de palabra y por escrito en la relación que formó de su viaje que se halla impresa en la tercera parte de esta obra.<sup>28</sup> Dice en ella que en la bahía de Los Ángeles (en 30 grados de latitud), hallaron la novedad de que unas niñas andaban totalmente desnudas, cosa hasta allí no vista en la California; pero de las mujeres de este sitio nada dice, lo cual es bastante indicio de que en éstas no se halló esta novedad, y que estaban de algún modo un poco cubiertas. Después refiere que, más adelante, en el paraje que llamaron la Visitación (a los 31 grados y menos de un tercio), las mujeres andaban del todo desnudas, y aunque éstas fuesen pocas, con razón infería que esta era usanza de este miserable país. Los que conocimos y tratamos a este misionero, no podemos dudar ni un punto de la sinceridad de su ánimo en querer referir la verdad en todo; como hombre que era, adornado de todas las virtudes cristianas y religiosas. Esto no obstante, pudo padecer alguna inculpable equivocación. Y porque el saber si se hallaron o no tales mujeres, en quienes se extinguió del todo el pudor de la desnudez tan propio de su sexo, es un punto no poco interesante en la historia, y también por atender a la verdad de ella, es necesario que el lector advierta lo que vamos a decir.<sup>29</sup>

Cuando el padre Consag hizo este viaje, sólo llegaba la cristianidad a los 29 grados escasos, después se fundaron en diversos años las misiones de Santa Gertrudis en esta misma altura, la de San Borja a los 30 grados, y la de Santa María a los 31. Todos estos territorios están muy reconocidos de un mar al otro por los misioneros, y nunca hallaron mujeres, ni aun gentiles, totalmente descubiertas, ni aun las niñas lo estaban; por lo menos las que ya andan y se dejan

<sup>28</sup> Alude aquí Del Barco a la primera edición de la *Noticia de la California* de Venegas y Burriel. Se conserva íntegra la relación del padre Consag, en *Noticia de la California...*, 1943, t. III, p. 91-120.

<sup>29</sup> Dado que lo dicho por Consag respecto de la desnudez de las californias más septentrionales contradice de hecho lo antes asentado en este capítulo, respecto del uso universal de los faldelines, entra aquí Del Barco en una larga disquisición para explicar la que considera una cierta forma de equivocación de Consag. A su juicio, como abajo lo indicará, tal suposición estuvo contradicha por el testimonio de otros muchos misioneros que no encontraron jamás ni siquiera niña alguna totalmente desnuda en los mismos territorios del norte.



ver por sí solas. Asimismo en el viaje que el padre Linck y el teniente don Blas Somera, con varios soldados, hicieron por lo interior de la tierra hasta los 32 grados, aunque encontraron varias rancherías, no vieron otra gente desnuda totalmente, sino sólo los individuos del sexo masculino. Y aunque no llegaron a ver en su tierra a los del paraje de la Visitación que está en la playa, ni el misionero de la de Santa María tuvo tiempo para llegar hasta allá, teniendo aún intermedias varias rancherías que reducir, con todo eso, parece difícil que solas aquellas mujeres del paraje dicho hubiesen perdido del todo la vergüenza de andar descubiertas cuando todas sus paisanas de la misma nación y de rancherías vecinas, estaban siempre con el cuidado de cubrirse de algún modo, según las hallaron siempre aun encontrándolas repentinamente.

Es verdad que en este mismo país, desde los 30 grados hasta los 32, las mujeres están mucho menos cubiertas y más indecentes que todas las demás de la península; porque sólo se cubren del modo siguiente. Pónense en la cintura un pequeño manojito de hilos o cordelillos delgados que sirve de faja. Contra éste afianzan y atan por delante mucha mayor porción de semejantes hilos, mas de suerte que queden espesos y aun casi amontonados, formando una madeja que apenas tendrá cuatro dedos de ancho, y retorciéndola un poco, la hacen pasar entre los muslos y toda junta la prenden por detrás contra la faja misma de la cintura, dejando dicha madeja algo tirante y bien arimada al cuerpo. Así queda esta especie de braguero cubriendo precisamente los desagües de la naturaleza. En todo el tiempo de calor no traen sobre su cuerpo más que lo dicho. Y quien no sabe que éste es el traje allí usado de las mujeres, fácilmente puede equivocarse y tenerlas por hombres. Yo estoy persuadido a que así se equivocó el padre Consag, creyendo que las que vio en dicho paraje iban aun sin esta tan corta defensa del pudor: lo cual es naturalísimo que sucediera de esta suerte.

Cualquiera misionero, y cualquiera otro sujeto amante de la honestidad, cuando llegaban a saludarle los californios gentiles, procuraba por una parte recibirlos con buena gracia para aficionarlos y atraerlos a nuestra santa fe y, por otra, estar muy sobre sí, para mirarlos hacia el rostro solamente y no bajar por descuido la vista por no ver su desnudez. El modo de saludar en toda la California,

especialmente los más montaraces, es ir llegando de uno en uno y sin decir palabra bajar un poco la cabeza sobre la cual pone el padre su mano y con esto se van retirando. Cuando acaban de saludar los hombres, entran las mujeres, siguiendo el mismo ceremonial. Si algún hombre hace el ademán de besar la mano, no la besa sino la huele, haciendo con las narices el ruido correspondiente: porque ellos en ninguna ocasión usan el ósculo. Cuando van saludando las mujeres, por más que el padre las mire solamente hacia el rostro, conoce luego que son mujeres, ya por el ruido que hacen sus carrizos si los tienen, o ya porque teniendo por lo menos algún delantalillo de puros hilos, no puede dejar de conocerse, aunque en confuso, cuando van llegando, que algo tienen pendiente de la cintura.

El padre Fernando Consag, acostumbrado a esto, cuando en el paraje la Visitación le saludaron tres o cuatro familias iba diciendo a los hombres alguna palabra de agasajo.<sup>30</sup> Llegaron después las mujeres, y el padre las habló como a los hombres creyendo que lo eran, hasta que los cristianos sus feligreses, que los llevaba consigo y los tenía al lado, le dijeron que éstas eran mujeres: con lo cual se persuadió que las de aquel país andaban del todo descubiertas. Así lo oí yo contar al mismo padre, según me parece, con quien concurrí despacio no mucho tiempo después. Mas con la ocasión de fundarse la misión de San Borja el año de 1762, muerto ya el padre Consag, se comenzó a divulgar el extraño modo de cubrirse de aquellas mujeres, y habiéndolo visto yo mismo en el dicho año y nueva misión, conocí bien cuán fácilmente puede engañarse quien, sin estar prevenido con esta noticia, se halla en el lance del padre Consag repentinamente: y así es muy creíble que las que el padre creyó que iban desnudas del todo, llevaban, no obstante, su braguerillo. Ni debe extrañarse que, luego que aquellas pobres mujeres se retiraron, no hablase con los dichos sus feligreses sobre esto, pues si los hubiera hablado, no se puede dudar que los que habían observado que eran del otro sexo, le hubieran desengañado diciéndole el modo de cubierta que llevaban. Digo que esto no debe extrañarse porque

<sup>30</sup> Pensamos que en la explicación que da aquí Del Barco cabe percibir su propio carácter escrupuloso, al que ya se aludió en el “Estudio preliminar” a esta obra, citando los testimonios de quienes lo conocieron, Francisco Xavier Clavijero y Félix de Sebastián.

este misionero era de un natural vergonzoso y en estas materias por extremo recatado: y como no dudaba ya de la total desnudez, no había para qué tratar de ella con sus indios, queriendo más bien, si pudiera, borrarles esta especie de la memoria que refrescársela con hablar de ella.

Mas, aun concedido que aquellas pocas mujeres estuviesen totalmente descubiertas, esto ciertamente no prueba que éste era el uso de aquel país, ni aun el que estas mismas mujeres que allí vieron, lo usasen, si se atiende a las circunstancias del tiempo y ocasión en que las vieron, según refiere el mismo padre en la citada relación de su viaje. Pues dice que llegaron las canoas a este paraje, a media noche, necesitados de hacer aguada. Saltaron en tierra, y porque vieron no lejos unas lumbradas, se encaminaron a ellas algunos de la comitiva aquella misma noche, para traer gente que les mostrase el aguaje de que ellos bebían, porque, si aguardaban al día siguiente, huirían los indios luego que observasen allí gente extranjera, como solían hacer. *A la madrugada volvieron, dice, con unas familias...* y aquí cuenta que estas mujeres estaban según queda dicho. De esto se infiere claramente, que siendo aún de noche, sorprendieron a aquellas tres o cuatro familias (y acaso serían dos o tres solamente), cuando estaban durmiendo, y según las hallaron, las trajeron a la playa donde estaban los demás con el padre. Lo cual sólo prueba que en aquella tierra las mujeres duermen desnudas; mas no el que de día anden así; pues despertando con el susto de verse cercadas de gente extranjera, que las daban prisa para caminar, sin dejarlos tomar sus trastecillos, diciéndoles que presto volverían, no se acordaron ellas o no tuvieron tiempo de tomar su braguero, y, siendo de noche, menos advertirían en ello. El padre Consag sabía muy bien, como allí lo saben todos, que las mujeres de toda la California hasta entonces conocida, duermen con el mismo delantalillo que llevan de día. Y con esta preocupación se persuadió que las que tenía presentes estarían de día como las hallaron de noche; pero realmente la gran diversidad del traje exige diverso modo en el uso de él.

Dejamos dicho que desde los 30 hasta los 32 grados las mujeres usan solamente el braguero de que acabamos de hablar. Desde los 32 grados en adelante vuelve el uso de los delantales o cortinilla;





mas no ya con carrizos, como usan todas las cochimíes desde los 25 hasta los 30 grados; sino de sólo hilos y una piel de ciervo o de otro animal por detrás, colgada de la cintura: modo de cubrirse que sabemos prosigue por lo menos hasta los 33 grados. Estas mismas mujeres, desde la misión de San Borja en adelante, para el norte, usan en el invierno abrigarse o con una piel puesta en la espalda, cuyas extremidades cogen por delante con las manos, o con una especie de capotillo hecho de varias piezas que traen las más acomodadas. El traer una piel colgada de la cintura es el modo de cubrirse, por detrás, general de las mujeres cochimíes y usanza de todas las de esta nación, exceptuando sólo el territorio de las de los bragueros. Para este efecto se seca la piel teniéndola bien tirante y la dan después un corte especial. Por arriba la cortan angosta para que ajuste a la parte de cintura correspondiente a la espalda, y llegue a cubrir un poco los cuadriles. Desde aquí va sesgado el corte hacia abajo igualmente de uno y otro lado, de suerte que abajo tiene todo el ancho de la piel, quitadas las garras; y llega a media pierna o poco más: por aquella parte corre derecho y a nivel el corte, para que no esté más alto por un lado que por otro.

Por arriba atan a la cintura esta piel y por abajo queda enteramente suelta. Con esto, cuando andan, va la piel golpeando en las piernas haciendo mucho ruido, especialmente cuando es nueva; como entonces está tirante a modo de un grueso pergamino, es mucho más fuerte el golpeo y el ruido. El pelo de la piel le ponen de la parte de adentro y, cuando se sientan, echan indefectiblemente la mano para ajustar la piel de suerte que se sienten sobre ella y no sobre la tierra desnuda. Cuando una de estas pobres mujeres se pone una nueva cortinilla de carrizos, y una piel nueva de venado, sale tan satisfecha de su gala, como pudiera otra española con un costoso vestido. Mas ya ha muchos años que en las antiguas misiones muchas de las mujeres, que viven en la cabecera de la misión, tienen guardapiés (que en Nueva España llaman *naguas*), de bayeta ordinaria o de palmilla, que los misioneros daban a aquéllas cuyos maridos eran más beneméritos: y ellas buscan mucho de este nuevo traje, por ser para ellas de honra y provecho.

El mismo padre Fernando Consag, en el mismo viaje por mar al río Colorado, observó que dos mujeres que hallaron en el paraje que llamaron Santa Isabel, poco más adelante de la Visitación, tenían un nuevo modo de cargar a sus hijuelos, y es el siguiente. Toman un varejón, le doblegan de suerte que el un extremo venga a juntarse con el mismo palo, no en el otro extremo, sino más adelante: allí afianzan aquella punta doblada contra el palo dejando formado un óvalo. Contra éste tejen una red, mas no tirante sino algo honda, para poner allí al niño; y para que no pueda rodarse, tejen otra red sobre el óvalo que sirve de tapa y llega al niño hasta los hombros. El otro extremo del palo que queda fuera del óvalo, es suficientemente largo para que, puesto sobre el hombro de la madre y sostenido por delante y con su mano, quede a la espalda la criatura metida en su red, y de esta suerte caminan. Cuando quieren darle el pecho, hincan en el suelo la punta del dicho palo, quedando la red con el niño pendiente en el aire; y sin sacarle de allí, se arrima la madre y le da el pecho. Mas para que los hilos de la red no le lastimen, pone sobre ella algunas yerbas secas y suaves. Extrañó el padre Consag este modo de cargar los niños, no visto hasta allí en toda la California y por cosa particular la escribió en la relación de su viaje; pero hablando sólo del paraje arriba citado, entre los 31 y 32 grados. Mas nuestro autor en esto se equivocó, tomándolo como uso común de la península y como tal lo escribió en su historia y lo puso más patente en una de las figuras de la orla del mapa otras veces citado.<sup>31</sup>

El modo, pues, con que en toda la California cristiana (y aun algo más adelante), cargan a sus hijos, es el siguiente. Meten al niño en una red pequeña, que no se cierra como bolsa, sino que por la parte superior queda abierta; y para que lo esté bastante, y los hilos y nudos de la red no incomoden a la criatura, y ésta tenga algún abrigo, ponen en el fondo de la red algunas yerbas secas y sobre todo pieles suaves de conejo, liebre u otras, sobre las cuales descansa el niño. Después de cristianos, que han tenido alguna ropa, añaden a

<sup>31</sup> Se refiere aquí Del Barco nuevamente a la *Noticia de la California* y a uno de los mapas que en ella aparecen. Por su parte, ofrece a continuación una detallada descripción etnográfica del modo como transportaban las mujeres californias a sus hijos.

lo dicho algún trapo para más abrigo. De los dos lados de esta red salen unos cordeles en forma de asa larga, por la cual cuelgan la red con el niño de cualquiera parte; y cuando se mudan de un paraje a otro, le llevan a la espalda pendiendo los cordeles de la red de la frente de la madre.<sup>32</sup> Cuando el niño está algo crecido, no suelen llevarle en la red, sino en los brazos. Y cuando es como de dos años y de tres, los hacen sentar sobre los hombros de su madre, como quien se pone a caballo, de suerte que sus pies vienen a caer sobre el pecho de ella: la cual con una mano toma un pie de su hijo y con otra el otro pie para que no caiga. Al mismo tiempo el niño con sus manecitas se asegura cogiendo apretadamente los cabellos desgreñados y sucios de su madre. Cuando el que va sentado de esta suerte sabe ya tenerse bien, una sola mujer lleva dos hijos, el uno sentado sobre los hombros y el otro, de pocos meses, al pecho o metido en la red a la espalda. Y aun algunas veces llevan tres: los dos como acabo de decir y el otro, como de cuatro años, le llevan de la mano caminando el niño por su pie. Todo esto no impide a la mujer el llevar también a la espalda todo su ajuar, como queda arriba dicho, a que en estos tiempos se añade una ropa que ellas juntamente cargan.

Según la costumbre antigua, general en toda la California, el mantenimiento de la familia corre por cuenta de las pobres mujeres.<sup>33</sup> Ellas han de buscar la comida para sí mismas, para sus maridos y para sus hijos. Han de traer agua para beber, y leña para calentarse, para tostar las semillas y para dormir; porque siempre duermen con el fuego al lado, atizándole cuando despiertan, exceptuando, a lo más, uno u otro mes en que el calor es más intenso, si no es que aquel día haya llovido, porque entonces es necesario el fuego. Los hombres o se están ociosos todo el día o se ocupan algunas veces en hacer flechas o arcos; o cuando más hacen, van a sus cazas más por diversión que por otro motivo; mas como no siempre consiguen el matar algún venado o liebre, vuelven frecuen-

<sup>32</sup> A pie de página anota Del Barco lo siguiente: "Las mujeres de la nación pericú, para el dicho efecto y para otros, usan en lugar de red una batea ovalada, honda, que llaman *cora*, que es una cuna portátil, más cómoda para los niños que la red, aunque el modo de usar de la *cora* es el mismo que el de la red."

<sup>33</sup> De suma importancia etnográfica es lo que a continuación consigna Del Barco sobre las actividades y oficios de las mujeres entre los californios.



temente sin nada y muy hambrientos a que sus mujeres les den de comer. Y aun cuando mataron algún venado, como la carne de él se reparte entre todos los que fueron a la caza poco les cabe a cada uno para llevar a su casa, y apenas puede alcanzar para cenar la familia aquella noche: y siendo esto tan contingente, es menester en todo caso que la mujer tenga provisión para todos; y, si no, hay pleitos o quizás algo más. Las playanas tienen en esto más alivio, porque sus maridos pescadores más fácilmente hallan su socorro en el mar, pescando, que los serranos en la tierra con sus cazas. No obstante, cuando es tiempo de pitahayas o tunas, también los hombres van a buscarlas, y después que han comido a su satisfacción en el monte de esta fruta regalada, traen también de ella a su casa en la red a modo de bolsa, larga como dos palmos, que ordinariamente traen consigo; la cual también les sirve en otros tiempos, para echar en ellas yucas o cualquiera otra cosa que hallan en el monte y quieren traerla a casa.

Todas las semillas que comen, sean de árboles o de yerbas, las tuestan primero y luego las comen aún calientes; pero más frecuentemente después de tostadas las muelen entre dos piedras, y, reducidas a harina gruesa, las comen a secas: el saborcillo que da el tueste de dichas semillas es para ellos un sainete gustoso y regalado. Todo esto corre también por cuenta de las mujeres, las cuales tuestan las semillas de este modo. Echan en la batea tres o cuatro puñados de semilla: sobre ella ponen brasas, y lo mueven todo continuamente, para que toda la semilla participe del fuego sin quemarse ella ni la batea. Cuando conocen que ya tiene su punto lo tostado, quitan el fuego o los carbones (que ya entonces lo son), con sus manos. Limpian la semilla de todo cuerpo extraño y principalmente de los menudos pedacillos de carbón que dejaron las brasas apagadas: y apartando la ya tostada, echan más semilla en la batea con nuevas brasas, y así van prosiguiendo hasta acabar. Por más cuidado que pongan, no puede excusarse, con este modo de tostar, que algunas partículas del carbón queden pegadas a la semilla, como lo experimentan los que no están echos a esta comida; que si la prueban, sienten luego el ruido que hace el carbón entre los dientes; mas nuestros californios, que no son tan delicados, la comen con gusto sin reparar en estas menudencias.

Con este trasiego de carbones, las manos quedan tiznadas, de lo cual no hacen caso, ni se inquietan por lavarse. Si se les ofrece entonces echar la mano al rostro, no lo excusan, y con esto le comunican el tizne; y como están acostumbradas a verse unas a otras con el rostro tiznado, no es esto para ellas (ni para ellos), cosa que desdice. A esto se junta el que continuamente andan entre el polvo que con el sudor se pega más; y como no cuidan de lavarse sus rostros, suelen estar notablemente inmundos. Pero si se lavan, puede decirse que aún es peor; porque se lavan con agua caliente que recientemente sale de la fuente natural de cada uno. Y este modo de lavarse era común a hombres y mujeres de todas las naciones de la California, y algunos lo usan con frecuencia y aun todos los días. Encontré en una ocasión a un anciano, mi feligrés, llamado Fernando, y hablando con él advertí que, aunque tenía bastantemente limpias las inmediaciones de la boca, de las narices y ojos; todo lo demás estaba no solamente sucio, sino como una costra negra de inmundicia. Por eso le dije: Fernando, ¿por qué no te lavas esa cara tan sucia? Respondió: todas las noches me lavo yo cuando me voy a acostar. Sonreíme con la respuesta, extrañando la hora tan importuna para lavarse, le pregunté: ¿pues con qué te lavas? ¿Con orines? Y respondió con gran sencillez: ¿pues con qué? Palabras que dan bien a entender la costumbre que en esto tenían. Se dice que este lavatorio es muy provechoso para los ojos y acaso conduce mucho para la perspicacia de vista que suelen tener los californios.

Es digno de memoria, y quizá nunca oído de otra nación, el modo que tenían de aprovecharse de la pitahaya, haciendo de ella dos cosechas, cogiéndola una sola vez del árbol.<sup>34</sup> La fruta regalada de la pitahaya, de que hemos tratado en otra parte,<sup>35</sup> tiene toda su jugosa carne llena de unos granitos muy negros y más menudos

<sup>34</sup> La descripción que en seguida proporciona Del Barco sobre la práctica que burlonamente designa como “segunda cosecha de la pitahaya” resulta dato etnográfico de muy grande interés. Clavijero, al aprovechar los manuscritos de nuestro autor, incluyó resumidamente esta información. Véase Francisco Xavier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, Miguel León-Portilla (ed.), México, Porrúa, 1970, p. 54.

<sup>35</sup> Alude aquí Del Barco a su propia *Historia natural*, capítulo “De los árboles de naturaleza irregular, o de los vegetales carnosos”.



que los tienen los higos, mas como no están juntos sino esparcidos por toda la carne de la fruta, ni estorban ni se perciben al comerla. Parece que se dolían de que, comiendo esta fruta, tan estimada de ellos, se les escapase su semilla sin poder tomarla su gusto particular: y no pudiendo de otro modo separarla, inventaron el siguiente. En tiempo de pitahayas, en que regularmente no comían otra cosa, cada familia prevenía un sitio cerca de su habitación en que iban a deponer la pitahaya después de digerida según orden natural; y para mayor limpieza ponían en aquel sitio piedras llanas o yerbas largas y secas o cosa semejante, en que hacer la deposición sin que se mezclase con tierra o con arena. Después de bien seca, la echaban en las bateas las mujeres, desmenuzándola allí con las manos hasta reducir a polvo todo lo superfluo y que no era semilla de pitahayas: sin que esta operación les causase más fastidio que si anduvieran sus manos entre flores. Para apartar aquel fétido polvo de la semilla, movían la batea como se hace cuando se limpia cualquiera grano.

Quedando ya sola la semilla en la batea, echaban sobre ella brasas y la tostaban como las demás semillas; pero ésta de que tratamos, echa de sí un feter intenso, que se difunde por mucha distancia. Seguía después el molerla y comerla hecha polvo, como cosa regalada; y como tal, en una de las visitas que el padre Francisco María Pícolo hizo a los gentiles, le regalaron éstos con algo de tal harina, que el padre, sin saber lo que era, comió por darles gusto y mostrar aprecio de su regalo: cosa que, divulgada entre los padres, fue algunas veces materia de diversión cuando concurrían con el padre Pícolo. Esto es lo que en la California suelen llamar *la segunda cosecha de las pitahayas*, la cual era común a todas las naciones de la península; pero en las misiones antiguas poco a poco la han ido dejando; y si en ellas aún queda algo de esto, será poco y sólo entre los viejos. Lo mismo digo del lavatorio.

El modo que observan los hombres en sus cazas es éste. En algunas partes cazan las liebres matándolas con flechas. En otras, usan para esto de redes, haciendo con ellas un medio redil: espantan las liebres de las cercanías, las cuales subiendo van a tropezar con las redes, en las cuales se embarazan, se enredan y las cogen. En algún paraje del norte las cazan tirándolas cierto palito, que tienen para



este fin, el cual va arrastrando por la tierra y llega con ímpetu a la liebre, que huye, la quiebra a los pies, y entonces la cogen. En las cazas de venados observan el modo común de otras naciones: unos van a aventar y espantar los venados para que huyan hacia donde están los otros aguardando el lance para flecharlos. Mas lo que se sigue es particular de los californios. Cuando matan un venado, se juntan todos los compañeros que fueron a la caza, y mientras unos desuellan y abren la caza, otros hacen lumbre. Sacan los intestinos, vacían la panza con lo demás de aquella inmundicia que contiene, sacudiéndola un poco, y sin más lavatorio (pues no suele haber agua en tales parajes), echan al fuego todo esto para comer prontamente: y estando medio asado, o mejor diré, poco más que chamuscado, lo comen con gran gusto sin más sal ni más salsa que la grande hambre que tienen, la mucha ceniza que se pegó al asado y la inmundicia que no cayó a tierra con las sacudidas ligeras que dieron a la panza, de lo cual ellos hace poco caso. Luego reparan entre todos los presentes la carne (la piel es del que mató el venado), y con esto se vuelven a su pueblo o ranchería.

En su gentilidad nunca comían cosa cocida; porque no tenían utensilios en que cocerla, y así para comer las semillas secas, las tostaban como dijimos. La carne siempre la asaban como aún ahora suelen hacerlo, y para esto, por lo regular no gastan asador ni de palo, sino que sobre las brasas echan la carne y aunque toque algo de ceniza, nada se les da de eso. De allí a un poco la voltean del otro lado y presto la apartan: sacuden los carbones o brasas que se pegaron a la carne, y así, medio quemada, medio cruda, la comen con gusto y ganas. Si matan alguna lagartija, la echan sobre las brasas para asarla, tan entera como cuando estaba viva: con esto y con el fuego, se va hinchando, de suerte que causa horror, especialmente si es grande el animal: y luego la comen sin asco alguno. Comen también culebras, gusanos (mas sólo los de ciertas especies), ratas, ardillas, carne de caballo, de mula, de jumento, de perro, de gato, de leopardo y de cualquiera otro animal del monte, a excepción del tejón, que no comen, porque dicen que es como gente. Mejor dijieran esto de las monas, si las hubiera en su tierra; pero en fin esta vana aprensión prueba el horror que tienen a comer carne humana.



En algunas tierras (no en toda la California), comen aquellas arañas de cuerpo pequeño y zancas muy largas, que suelen amontonarse en partes húmedas, las cuales se hallan también en Europa; y en la California hay algunos años grandísima abundancia. De éstas cogen a puñados, las machacan un poco y así las comen. Otros, especialmente los viejos, que son los más hambrientos, no perdonan a las correas muy secas y de muchos años, sacadas de cuero de toro; porque, tostadas y golpeadas con piedras, las hacen accesibles a sus dientes. En fin, en toda la península se halló el uso, que aún en muchos dura, de que cuando unos a otros se espulgan la cabeza, el premio del cazador es ir comiendo una a una la caza que van encontrando.

En las misiones de Santa Gertrudis, San Borja y Santa María, se halló, no ha muchos años, que sus indios tienen un extraño modo de comer la carne y el pescado, hasta aquel tiempo desconocido de toda la California cristiana; y acaso lo es también de todas las naciones del mundo.<sup>36</sup> Comen, pues, de esta suerte: toman un buen bocado de carne (que para este efecto debe estar dura y tal cual ellos la usan), tienen prevenido un cordelillo delgado, atado por un extremo a una larga espina que sirve de aguja. Con ésta ensartan el bocado y, dándole una o dos vueltas con el cordel, le afianzan bien y con gran presteza. Hecho esto, meten el bocado en la boca y dándole tres o cuatro dentelladas, lo tragan, de suerte que llega al estómago. Lo cual se conoce evidentemente, porque cuando el bocado estaba aún en la boca, el cordelillo que le tiene asegurado llegaba por el otro extremo hacia la cintura; mas cuando se traga, como lleva tras de sí al cordel, al paso que va bajando al estómago, va subiendo necesariamente el otro extremo del mismo cordel que está afuera, de suerte que éste llega hacia la barba cuando el bocado da fondo en el estómago. Entonces el indio toma con la mano el pedazo de cordel que ha quedado afuera, y tirando de él no muy de prisa, hace subir el bocado hasta las fauces y, tirando más, al pasar por estas estrechuras causa un traquido tal, que le oyen bien claro los presentes aunque disten muchos pasos.

<sup>36</sup> La costumbre que en seguida describe Del Barco pudo ser observada, entre otros, por él mismo y por el padre Wenceslao Linck.





Vuelto el bocado a la boca, le da otras cuantas dentelladas y le vuelve a tragar: llegado al estómago, vuelve otra vez a tirar del cordelillo como antes y, al pasar el bocado por las fauces, repite el traquido como la primera vez. Vuelve a mascar el que come, y traga el bocado por tercera vez. Si no estaba tan dura la carne como él quisiera para esta operación, cuando tira del cordel esta vez última, ya entonces el bocado casi deshecho con tantas masticadas se queda adentro y sale el cordel solo. Síguese luego otro bocado con el cual se entretiene del mismo modo y le hace subir y bajar como el primero, y de esta suerte prosigue con otros bocados hasta acabar todo lo que tiene que comer. Si la carne está más dura, tanto más podrá resistir a la masticación, y en tal caso cuatro o cinco veces pasa el bocado de la boca al estómago y de éste a la boca.

El pescado llamado pulpo, como es duro y fuerte, es del que mejor usan, en línea de pescados, para ejercer esta habilidad. La cual aprenden desde niños porque éstos viendo a sus padres y a otros comer de esta suerte, quieren imitarlos. Piden que les pongan también a ellos el cordel en el bocado que han de comer, y, si sus padres no lo hacen porque no se ahoge el niño, lloran, y con esto los obligan a que los vayan enseñando: y así están diestrísimos en hacer expeditamente esta operación. Cuando finalmente, después de varias subidas y bajadas, quieren que el bocado quede en el estómago, antes de tragarle la última vez, teniéndole aún en la boca, cortan con los dientes el cordel y el otro pedazo de éste que tenía enlazada la carne, baja con ella al estómago; porque, en fin, si no sirviere de alimento, sirve por lo menos de llenar algún vacío. Cuando los indios de la misión de San Ignacio vieron a algunos de Santa Gertrudis comer de un modo tan extraño, se reían de ellos como haciendo burla: mas ellos se defendían con decir que comían como hombres racionales que saben aprovecharse del buen bocado, saboreándose con cada uno por buen rato, y teniendo el gusto de comerle no una sino muchas veces; pero que los de San Ignacio y los demás, comen como coyotes (animales como perros silvestres), que a toda prisa engullen la comida sin que vuelva más a aparecer. ¡No hay desatino que no tenga sus defensores! Comienza este uso hacia los 29 grados, y prosigue por lo menos hasta los 31. De allí en adelante no tenemos noticia si aún prosigue o no.

Tienen estos indios la habilidad de conocer el rastro o huella que cualquiera de sus conocidos deja estampada en la tierra cuando camina, distinguiendo la que cada uno forma de la de los otros: al modo que nosotros distinguimos entre muchos de nuestros conocidos la letra de cada uno. De este conocimiento se valen para saber quién anduvo por allí o quién hurtó o hizo otra cosa reprensible. Por eso, el malhechor procura en tales lances mover los pies de suerte que la huella quede en parte borrada y no pueda conocerse el que la imprimió, mas no siempre pueden conseguirlo. Entiéndase esto cuando andan descalzos, porque si van calzados no se puede distinguir la huella, sino en caso que los zapatos de alguno tengan alguna particularidad que deje señalada en la tierra, como fuera una rotura, observada ya de los otros. Cuando caminan lejos, siempre van calzados, así hombres como mujeres; y también, aunque no sea muy lejos, cuando el sol está muy fuerte, para sentir menos el ardor de la tierra y de las piedras. En su ranchería o pueblo siempre están descalzos.

Estos zapatos o calzado, no son otra cosa que unas suelas de cuero crudo, que se sostienen contra el pie por medio de unos cordeles largos y gruesos: dos de los cuales vienen de uno y otro lado del talón al empeine del pie, donde forman un gran nudo con muchas vueltas, a modo de cuerda de San Francisco; pero mucho más grueso. De la parte opuesta salen otros dos cordeles; de los cuales uno pasa por entre el dedo grueso y el inmediato, y el otro por entre dos de los otros dedos. Estos cordeles van a parar también al empeine, en donde hacen otro nudo semejante al primero. Estos nudos quedan permanentes, y, para calzarse, no es menester sino poner el pie en la suela, traer al empeine los nudos, y hacer que pase uno por debajo del otro: por esto se sostienen mutuamente; la suela queda arrimada al pie; y el hombre calzado. Cuando se gastan los extremos de los cordeles que caen debajo de la suela, lo remedian fácilmente con alargar el cordel deshaciendo alguna vuelta, de las que tienen los nudos grandes, que caen sobre el pie. Esta especie de calzado, o *cacles*, los hacían antiguamente de piel de venado; mas por ser delgada, era necesario poner dos o tres suelas, unas sobre otras.<sup>37</sup>

<sup>37</sup> En varias de las relaciones de los navegantes y exploradores, anteriores a la entrada de los jesuitas, se alude también al uso de ciertas formas de primitivas sandalias por algunos de los californios.

Después de cristianos, y que en las misiones hay ganado mayor, solían pedir al misionero un pedazo de piel de toro o vaca, para este efecto: y así ahorran la de venado para venderla.

Lo que nuestro autor dice al principio de este capítulo VI sobre el carácter de los californios,<sup>38</sup> y los cortísimos alcances de su entendimiento debe entenderse que habla de los californios según estaban en tiempo de su gentilidad, y como los hallaron los primeros misioneros;<sup>39</sup> no de los californios conforme se hallan al presente, aquéllos que, desde niños se bautizaron, y han tenido más cultivo y trato con los misioneros, con soldados y con otros; porque éstos muestran un entendimiento bastante despierto, no sólo para el trato humano sino también para entender los misterios de nuestra santa fe. Hay muchos, que saben leer y aun escribir; y algunos leen con tanta expedición como aquellos españoles que están muy ejercitados en los libros. Ellos, al parecer, son de entendimiento mucho más despejado que el que se deja conocer en muchas otras naciones de indios americanos, si bien en esto no es fácil hacer juicio comparativo, mientras no conste de una igual educación de unos y de otros.

Muchos años ha que, en casi todas las misiones de la península, hay muchas mujeres que saben hacer medias de punto: y las hacen de algodón muy finas y bien hechas. Asimismo hacen gorros dobles y sencillos, como se los piden. De uno y otro compran los soldados del presidio y aun sus oficiales; y de éstos he visto, y quien estima las medias bien hechas, más que si fueran de seda; porque, siendo de bastante lucimiento y mucha suavidad, son más durables que aquéllas. Demás de esto, en casi todas las misiones de la nación cochimí, hay telares en que las mujeres trabajan la lana, que producen las ovejas que tiene cada misión, y el algodón, que los padres procuraban cultivar. De la lana tejían (y quizá aún tejen) buenas frezadas y sayales, y del algodón, otros tejidos; todos para vestirse ellos mismos. Mas los misioneros habían de cuidar de todo; porque si no, nada se hiciera; pues fuera de la provisión de víveres para la misión, y de haber llevado de la otra parte del mar quien enseñase este arte con paga correspondiente; ellos debían cuidar de que la

<sup>38</sup> Se refiere al capítulo VI, primera parte, de la *Noticia de la California*.

<sup>39</sup> Buen testimonio es éste de la objetividad y profundo sentido de observación de Miguel del Barco.

lana y algodón se recogiesen a sus tiempos, de guardarlo y de todas las maniobras que pide esta facultad, para que se hiciesen a tiempo y con fidelidad. En fin, al comenzar el frío, repartían esta ropa, juntamente con la que se les enviaba de México, dando a cada familia según su mérito y necesidad. De esta suerte, si la misión no era muy numerosa, alcanzaba la ropa a todos; cuando, si los padres no tomaran sobre sí este modesto cuidado, una gran parte de la gente (o la mayor) quedaría sin ropa y sin abrigo. Las frezadas les sirven para dormir, cubriéndose con ellas de noche; y a las mujeres sirve también de día para ir cobijadas a la iglesia en lugar de mantilla. De la misma suerte van, cuando tienen que hablar al padre misionero, o a otra persona para ellas de respeto.

En los últimos años que los jesuitas estuvieron en la California comenzó a correr la noticia de que antiguamente hubo gigantes en esta tierra; aunque no nativos de ella sino venidos de la parte del norte.<sup>40</sup> El misionero de San Ignacio, que en aquel tiempo era el padre Joseph Rothea, supo que en los territorios de su misión se hallaban todavía rastros de esta antigüedad extraordinaria, los cuales quiso conocer por sí mismo, como lo ejecutó del mejor modo que le fue posible. Y para que no se pierda la memoria de una cosa tan rara, rogué al citado misionero, que escribiera lo que averiguó en esta materia. Hízolo así, y su escrito lo traslado aquí a la letra; para mayor satisfacción de los lectores de que esta noticia la damos sin alguna alteración, según lo merece este sujeto, digno de toda fe. Dice, pues, así:

“Los fundamentos que, probablemente persuaden hubo gigantes en la California, se reducen a tres: primero, los huesos que en varias

<sup>40</sup> Al igual que en las obras de otros cronistas, encontramos también aquí la aparición del tema de los gigantes. Del Barco cita un testimonio del antiguo misionero de San Ignacio Cadakaamán, el padre Josep Rothea, quien había descubierto restos fósiles, a su juicio de considerable antigüedad, y tenidos por él como vestigios de seres humanos de una talla gigantesca. El escrito del padre Rothea proporciona asimismo, por otra parte, noticias de sumo interés sobre el descubrimiento de pinturas rupestres en varios lugares de la región central de la península. Clavijero, que también resumió en su *Historia de la Antigua o Baja California* esta información, incluida en la obra de Del Barco, expresa acerca de ella puntos de vista dignos de tomarse en cuenta. Véase Clavijero, *Historia de la Antigua...*, p. 48-50.

partes se encuentran; segundo, las cuevas pintadas; lo tercero, la voz común de los ancianos. Cuanto al primero: en la misión de San Ignacio hay un lugar de ranchería llamada San Joaquín. En este lugar me dijo un indio, de edad como treinta años, que, siendo él niño, se entró al monte con otros de su edad, y dieron con un esqueletón humano de extraordinaria grandeza. Dio de ello aviso a su padre, y éste le respondió que ya lo había visto, y que siempre que pasaban por aquel sitio en busca de venados, se paraban a contemplar aquella grandeza de cuerpo. Preguntéle yo a este viejo, y contestó que era así. Pasé a dicho lugar, en el que ya no se veía nada, porque con el decurso de los tiempos se había ormado o crecido un pequeño barranco, y robada la tierra vecina al cuerpo, había éste caído y estaba sepultado. Yo registré la ladera arriba y abajo, y noté que de la parte superior no se encontraba hueso alguno; y sí varios por la ladera abajo. Pregunté, ¿dónde tenía la cabeza y dónde los pies? Y medido el sitio, hallé que ocupaba el largo de cuatro o cinco varas.

Comencé a cavar, y de hecho di con un pedazo de cráneo bien grande, el que, por más cuidado que puse, se desmoronó al sacarlo. Poco más adelante descubrí los huesos o vértebras del espinazo, seguidos aunque sin unión; los cuales llevé a la cabecera de la misión, y, cotejados con los de nuestros muertos, vi que los del gigante eran como tres tanto mayores. Di también con una costilla, que, descubierto todo lo que de ella había quedado, la medí, y sería como de tres cuartas, aun faltándole algo de uno y otro cabo. Descubrióse más abajo, en el mismo sitio medido, un gran hueso, canilla del cuadril, que no tuve el gusto de verlo entero; porque ocupado yo en procurar sacar entero el cráneo, pues éste era la principal prueba de esta historia, lo rompieron los que se adelantaron a desenterrarlo. Otros varios huesos encontré allí mismo; parte enterrados y parte rodados por la ladera, como dientes y muelas correspondientes al cráneo, espinazo, costilla, etcétera.

Fuera de éstos que, como digo, desenterré en este paraje, tuve en mi misión los fragmentos de una quijada, que de su misión me envió el padre Jorge Retz<sup>41</sup> que me afirmó que él la vio entera, y que

<sup>41</sup> Al pie de página notó Del Barco respecto del padre Retz que era misionero de Santa Gertrudis.

así me la despachó. Lo que de ella llegó a mis manos visible, como dientes y muelas, eran semejantes a los que tengo dicho.

Pasé después a registrar varias cuevas pintadas; pero sólo hablaré de una, por ser la más especial. Ésta tendría de largo como diez o doce varas, y de hondo unas seis varas: abierta de suerte que toda era puerta por un lado. Su altura (según me acuerdo), pasaba de seis varas. Su figura como de medio cañón de bóveda, que estriba sobre el mismo pavimento. De arriba hasta abajo toda estaba pintada con varias figuras de hombres, mujeres y animales. Los hombres tenían un algodón<sup>42</sup> con mangas: sobre éste un gabán, y sus calzones; pero descalzos. Tenían las manos abiertas y algo levantadas en cruz. Entre las mujeres estaba una con el cabello suelto, su plumaje en la cabeza, y el vestido de las mexicanas, llamado *güipil*. Las de los animales representaban ya a los conocidos en el país, como venados, liebres, etcétera, ya otros allí incógnitos, como un lobo y un puerco. Los colores eran los mismos que se hallan en los volcanes de las Vírgenes, verde, negro, amarillo y encarnado. Se me hizo notable en ellos su consistencia; pues estando sobre la desnuda peña a las inclemencias del sol y agua, que sin duda los golpea al llover, con viento recio, o la que destilan por las mismas peñas de lo alto del cerro, con todo eso, después de tanto tiempo, se conservan bien perceptibles.<sup>43</sup>

Ya con estos principios, junté los indios más ancianos de la misión para averiguar qué noticia había entre ellos acerca de esto. Lo mismo encargué que hicieran en las misiones de Guadalupe, y Santa Rosalía, sus misioneros (que entonces eran, de la primera, el padre Benno Ducrue y, de la segunda, el padre Francisco Escalante), y, según me acuerdo, sucedió la contingencia de hacer la dicha averiguación (al menos uno de ellos el mismo día que yo

<sup>42</sup> En nota al pie de página explica Del Barco la palabra *cotón*: “es una especie de sayo ancho y cerrado que se pone como camisa y usan de él los indios y otra gente pobre de Nueva España”.

<sup>43</sup> Acerca de las pinturas rupestres en Baja California, véanse Barbro Dahlgren y Javier Romer, “La prehistoria bajacaliforniana, redescubrimiento de pinturas rupestres”, *Cuadernos Americanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, v. 58, julio-agosto, 1951, p. 153-178; y Clement W. Meighan, *Indian Art and History, the Testimony of Prehispanic Rock Painting in Baja California*, Los Ángeles, Dawson’s Book Shop, 1969 (Baja California Travels Series, 13).

lo ejecutaba con los míos. Todos convinieron en la sustancia, es a saber que de padres a hijos había llegado a su noticia, que, en tiempos muy antiguos, habían venido del norte porción de hombres y mujeres de extraordinaria estatura, venían huyendo unos de otros. Parte de ellos tiró por lo largo de la costa del mar del Sur; y de éstos, me dijeron, se ven aún los abrigos que formaban y son como los que usan los mismos californios, pero muy grandes en su comparación. No pude registrar con mis ojos estas memorias, que son las únicas que de éstos primeros quedaron. La otra parte de ellos tiró por lo áspero de la sierra, y ellos son los autores (decían), de dichas pinturas. A la verdad las que yo vi, lo convencen; porque, tantas, en tanta altura, sin andamios ni otros instrumentos aptos para el efecto, sólo hombres gigantes las pueden haber pintado. Decían, por último, que parte de ellos murieron a manos los unos de los otros, y parte también mataron los mismos californios, que no sufrían en sus tierras habitantes tan extraños”. Hasta aquí la relación.

El misionero de Santa Rosalía, arriba citado, dice que, entre sus indios, se conserva la misma noticia de gigantes que vinieron de la parte del norte, los cuales pintaron en el territorio de su misión una cueva que él mismo fue a ver; la cual es casi tan grande, como la otra de la misión de San Ignacio: esto es, como de diez varas de largo, cinco o más de ancho y seis de alto con poca diferencia; mas no está en forma de bóveda, sino de cielo raso, formado de una sola peña tan gruesa y firme que mantiene sobre sí un alto cerro. Este cielo raso está pintado y lleno de figuras ya de animales y ya de hombres armados de arcos y flechas, representando las cazas de los indios. Estas pinturas se conservan bien claras y perceptibles no obstante el estar sobre la desnuda piedra sin otro aparejo, y que en tiempos húmedos y de nieblas no puede dejar de humedecerse el aire de la misma cueva. Por lo demás, dice que es pintura tosca; que está muy lejos de los primores de este arte. No obstante, da a entender que sus autores tenían más aplicación, más habilidad y más conocimientos que los naturales de aquel país.

Como la fama, mientras más se dilata, más aumenta las cosas, la memoria que quedó de la estatura de estos gigantes, comunicada de padres a hijos en el decurso de muchos siglos (aunque no sabemos cuánto, ni es posible averiguarlo entre los indios), esta memo-

ria, digo, ha crecido tanto que dicen los de aquella tierra que los gigantes eran tan grandes que, cuando pintaban el cielo raso de la cueva, estaban tendidos de espaldas en el suelo de ella y que aun así alcanzaban a pintar lo más alto.<sup>44</sup> ¡Fábula enorme que, para su verificación, era necesario que aquellos hombres tuviesen la altura por lo menos de once varas, aunque supongamos en sus manos unos pinceles bien largos! Mas, aunque dijeran que, estando en pie en el suelo de la cueva, pintaron lo más alto de ella, parece difícil de creer. Y es más natural el persuadirse que, para esta obra, buscaron y condujeron a la cueva o cuevas alguna madera con qué formar andamio, el cual, por poco alto que fuese, bastaba para que los gigantes alcanzasen a pintar cómodamente: ni para esto podía faltar madera suficiente. Lo cierto es que, representando estas pinturas gente vestida y animales que no se hallan en la California, dan bien a entender que sus autores no eran nativos de aquella tierra sino venidos a ella de otras regiones.

En San Borja (misión fundada el año de 1762), bautizó su misionero a un gentil mozo de altura gigantesca. Y para memoria permanente de su altura, fijó el misionero en la pared un clavo en el sitio donde llegaba la cabeza del neófito. Este clavo quedó en tal elevación, que los hombres más altos entre nosotros y que excedían mucho las dos varas de estatura regular, apenas podían, levantando el brazo, llegar a tocarle con los dedos. Según esto, la altura de este mozo era por lo menos de diez palmos y medio,<sup>45</sup> o que faltaría poco para llegar a once, iestatura que en nuestros tiempos rara vez se ve en el mundo! De este mozo se dice que poco después pereció desgraciadamente en la costa del mar del sur, por haberse puesto en tal paraje que una terrible ola, cuales son las de aquella costa, acaso cogiéndole descuidado, le arrebató y le sorbió el mar.

<sup>44</sup> Como puede verse por lo expresado hasta aquí por Del Barco y por las consideraciones que hace en seguida, no adoptó en todo este asunto una actitud crédula o ingenua. Aunque citará luego la noticia acerca de un muchacho de la misión de San Borja que tenía una estatura mucho más allá de lo común, expresa no pocas reservas sobre la supuesta presencia y actuación de los antiguos gigantes.

<sup>45</sup> Diez palmos y medio: según el *Diccionario de la Real Academia*, un palmo equivale a la cuarta parte de la vara, o sea a veintiún centímetros aproximadamente.





INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS